

# Arquitectura y modernidad Oriente y Occidente

Architecture and Modernity  
East and West

Pablo Emilio Aguilar Reyes

Fotografía: Alan Levine

La arquitectura es una interfaz por medio de la cual interactuamos con el tiempo; un puente de dos sentidos entre la tercera y cuarta dimensiones. Vemos cómo se agrietan los muros de nuestras casas de la misma forma que vemos cómo surgen canas y arrugas en nuestros padres.

Este ensayo busca reflexionar sobre la forma como modernidad y su concepción del tiempo –ese ente tan abstracto que rige nuestras vidas– han influido en las originalmente distintas experiencias estéticas entre Oriente<sup>1</sup> y Occidente en torno a la arquitectura, con base en dos textos, el de Iñaki Ábalos, *La buena vida* (2000)<sup>2</sup> –específicamente el primer capítulo, “La casa de Zaratustra”–, y el del japonés Junichiro Tanizaki, *El elogio de la sombra* (1933).<sup>3</sup> Tras un análisis de ambos textos se concluye que los ideales que llegaron con la modernidad han permeado tanto en Occidente como en Oriente y en sus respectivas maneras de vivir la arquitectura y la experiencia estética. Analizar los textos de Ábalos y Tanizaki es a su vez un ejercicio de referencia temporal, pues *El elogio de la sombra* antecede aproximadamente 80 años a “La casa de Zaratustra.” A pesar de que no se puede considerar ninguno de los dos como filosóficos, se basan en filosofías trascendentes en sus respectivas épocas y tocan temas afines a la arquitectura de distintos modos.

En “La casa de Zaratustra,” Iñaki Ábalos describe cómo sería una casa que cumpliera con los ideales modernos de mitades del siglo pasado; valores como el descubrimiento de la verdad por vías de la razón, entre otros que se explicarán más adelante. El autor nos habla de la llamada Casa con tres patios, diseñada en 1934, del arquitecto alemán Mies van der Rohe. Nos cuenta Ábalos que, en la década de 1930, Van der Rohe proyectó una casa para la cual no había cliente y que nunca se construiría, es decir, este diseño representaba una investigación que nunca aterrizaría en la praxis. El autor argumenta que la inspiración de Mies para este proyecto fue el concepto de “superhombre,”<sup>4</sup> del filósofo Friedrich Nietzsche. La Casa con tres patios supuestamente materializa, en un proyecto arquitectónico, aquello que Nietzsche anunciaba acerca de la “superación del hombre,” una idea medular en su eminente trayectoria filosófica. Hay características puntuales de la Casa con tres patios que, como dice Iñaki Ábalos, la hacen digna de ser la habitación de un “ser superior” –un ser superado–, o la casa de Zaratustra, como lo indica el título de su texto. Características arquitectónicas como la horizontalidad, que predomina en su diseño, o el hecho de que sea extremadamente simple, con pocos muebles y obras

de arte, se subliman a la altura del concepto nietzscheano de aquel hombre superior, al hacerse el autor la pregunta ¿cómo viviría el sujeto que habitara esta casa?<sup>5</sup>

Por otro lado, *El elogio de la sombra*, de Tanizaki, es una reflexión en torno a algunas diferencias entre el mundo oriental y el occidental. Comienza con una comparación entre las casas de estas regiones distintas; Tanizaki afirma que cualquier persona occidental que busque hacerse una casa al estilo tradicional japonés se verá en una encrucijada al intentar colocar las instalaciones eléctricas, dado que estos avances tecnológicos cortan de tajo la concepción oriental de la arquitectura. Con sus palabras, este autor busca elogiar la sombra, es decir, dotarla de una cierta sensación de misterio seductor; ésta es una analogía que contrasta con el entonces creciente positivismo occidental. La razón y la ciencia representan los vehículos hacia el progreso a lo largo de la modernidad. El positivismo de Occidente es ágil a la hora de descalificar cualquier tipo de conocimiento que no surja del método científico. Un argumento principal en el texto de Tanizaki es que, mientras en Occidente se busca saberlo todo por vías de la ciencia y la técnica, en Oriente –en su caso, Japón– permanece un cierto encanto por la sombra, con la cual han aprendido a vivir, pues para ellos la incertidumbre es parte del mundo natural. Los bosques donde se encuentran las casas tradicionales japonesas se cubren de musgo, sus cucharas de madera se recubren de laca y la vajilla que usa un habitante de Oriente adquiere un tinte oscuro al cubrirse con la pátina. Con estos últimos ejemplos, Tanizaki explica que en Oriente se aprendió a vivir en armonía con los procesos naturales que transcurren con el tiempo. Por su parte, en la civilización occidental, los baños tienden a ser de un blanco deslumbrante, las cucharas son de plata brillante y se busca siempre alumbrar con luz artificial después de que el sol se haya puesto, o sea, hay cierto grado de resistencia ante el flujo natural de las cosas y la opulencia cobra mayor importancia por encima de la naturaleza. Éste es el argumento principal del texto de Tanizaki.

Para analizar ambos planteamientos, es indispensable el concepto de modernidad, no como corriente artística o arquitectónica, sino como categoría histórica. La modernidad es –entre otras cosas– un cambio en la noción del tiempo. El tiempo del hombre moderno es lineal y ascendente –pues busca siempre el progreso y la superación–, después de haber sido cíclico en los tiempos de la antigüedad. El génesis y el apocalipsis en la fe judeocristiana representan un principio y un fin, es decir, una temporalidad lineal unilateral, pero con la modernidad y su respectivo razonamiento científico y optimismo egocéntrico se le quitó al tiempo su cualidad de ente espiritual y mítico. Con el desarrollo tecnocientífico inherentemente moderno, el tiempo empezó a concebirse no sólo como lineal, sino también como ascendente. De este importante cambio cronológico surge una discrepancia con la naturaleza, ya que ésta opera con ritmos no apresurados y ciclos recurrentes: los tiempos de cosecha, las estaciones, el ciclo menstrual, el movimiento de los astros, etcétera, son procesos que vuelven a sí mismos de forma eterna. El tiempo moderno –la modernidad– es lineal y ascendente en el sentido de que la vida y su devenir transcurren de manera progresiva: el día de mañana será mejor que hoy y el de hoy fue mejor que ayer. Se busca avanzar de forma exitosa hacia una mejora constante. A este fuerte cambio de temporalidad subyace una ruptura determinante del hombre respecto a la naturaleza. Tanto este cisma temporal como el creciente antropocentrismo ubicaron al ser humano en un nivel superior en relación con la naturaleza, la cual se empezó a ver desde arriba como

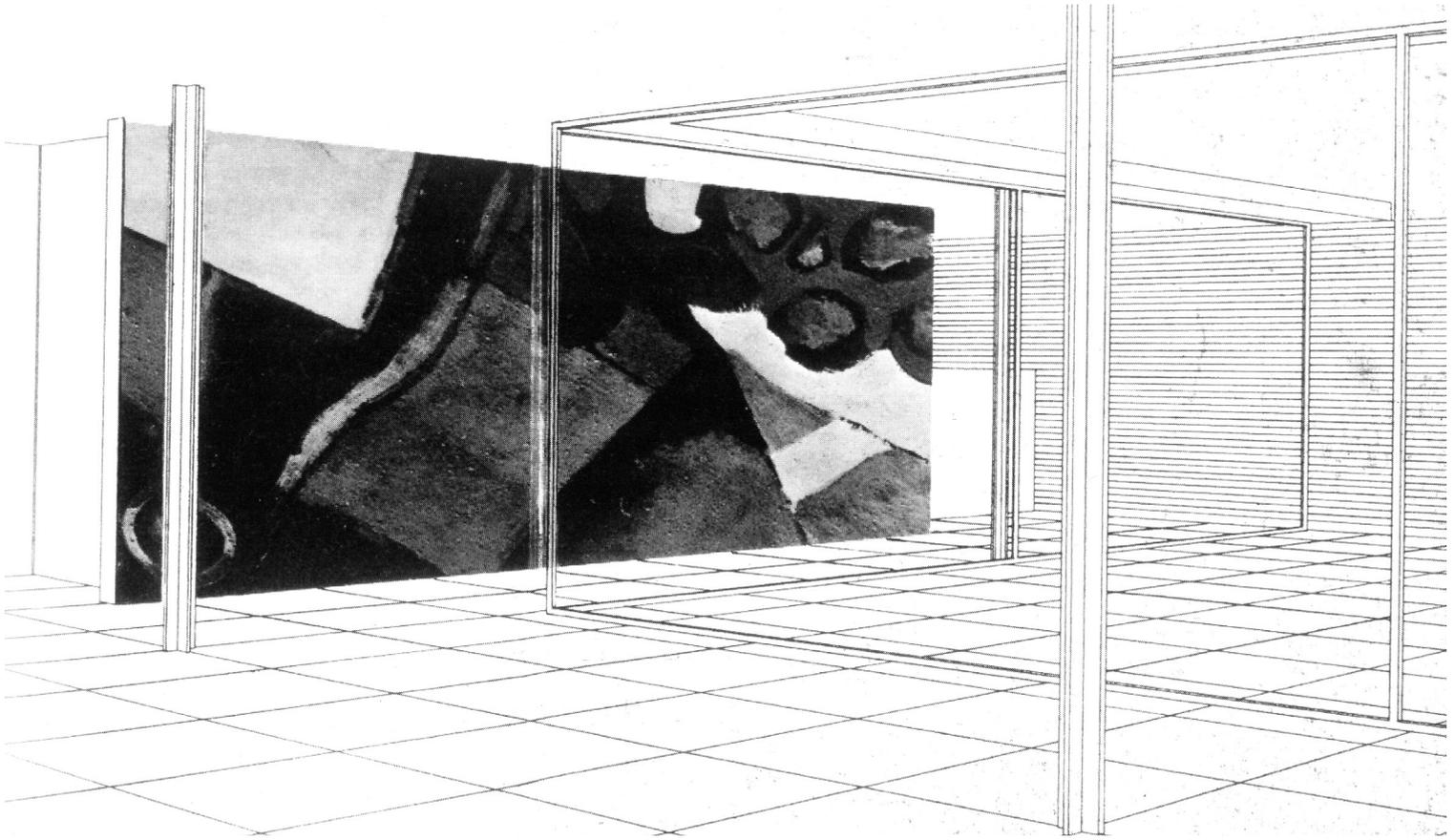
otro ente al cual dominar. Las cosechas ahora tendrían que ser mayores y cada vez de mejor calidad, por dar un ejemplo. La modernidad en el siglo xx –cuando se escribe *El elogio de la sombra* y se proyecta la Casa con tres patios– progresa con toda la fuerza de la bombilla eléctrica y de aquella “muerte de Dios.”<sup>6</sup> Para lograr una mejor comprensión del concepto de modernidad vale recuperar una cita de un autor que nos es cercano. Dice Octavio Paz:

La idea de modernidad es un sub-producto de la concepción de la historia como un proceso sucesivo, lineal e irrepitable. Aunque sus orígenes están en el judeocristianismo, es una ruptura con la doctrina cristiana. El cristianismo desplazó al tiempo cíclico de los paganos: la historia no se repite, tuvo un principio y tendrá un fin; el tiempo sucesivo fue el tiempo profano de la historia, teatro de las acciones de hombres caídos, pero sometido al tiempo sagrado, sin principio ni fin. Después del juicio final, lo mismo en el cielo que en el infierno, no habrá futuro. En la eternidad no sucede nada porque todo es. Triunfo del ser sobre el devenir. El tiempo nuevo, el nuestro, es lineal como el cristiano, pero abierto al infinito y sin referencia a la eternidad. Nuestro tiempo es el de la historia profana. Tiempo irreversible y perpetuamente inacabado, en marcha no hacia su fin sino hacia el porvenir. El sol de la historia se llama futuro y el nombre del movimiento hacia el futuro es Progreso.<sup>7</sup>

Tanizaki ofrece otro ejemplo elocuente de este concepto en un párrafo de su texto:

[...] en cambio los occidentales, [a diferencia de los orientales,] siempre al acecho del progreso, se agitan sin cesar persiguiendo una condición mejor a la actual. Buscan siempre más claridad y se las han arreglado para pasar de la vela a la lámpara de petróleo, del petróleo a la luz de gas, del gas a la luz eléctrica, hasta acabar con el menor resquicio, con el último refugio de la sombra.

En su planteamiento, Tanizaki describe los orígenes de la experiencia estética en Occidente y en Japón, para después enfrentarlas. Versa sobre numerosas situaciones: el cine, la comida, las casas y la arquitectura, los utensilios y las vajillas que se usan en la cocina, el teatro, la pintura e incluso la feminidad, y las usa como ejemplos para expresar que la experiencia de bienestar y de plenitud que le proporcionan surge de la austeridad con la cual se aproxima a dichas vivencias. Argumenta que él –como sus antepasados orientales– ha aprendido a vivir en paz con su circunstancia y no acecha al progreso como lo haría el occidental moderno. Asume una vida sin resistencia frente al tiempo, por eso no le molesta si su cuchara de madera se mancha con el uso, si su lámpara de papel adquiere un tono oscuro o si las sombras cubren su casa. No obstante, *El elogio de la sombra* es –paradójicamente– un texto profundamente moderno que se delata a sí mismo de forma muy sutil; es una obra que se ubica dentro de la modernidad para hacerle una crítica; tiene un pie en la modernidad y otro en la atemporalidad oriental, y permanece indecisa sobre cuál será el lado de la línea donde colocar su postura. Otra característica de la modernidad que es evidente en el texto de Tanizaki es la constante dicotomía Oriente-Occidente, pues esta categorización tajante sólo se puede percibir desde un punto de vista moderno –la división entre lo oriental y lo occidental es una construcción moderna. En las tradiciones orientales auténticas, las cosas simplemente son, como se puede apreciar en los haikus tradicionales japoneses:



Casa con tres patios, Mies van der Rohe (proyecto), 1934. Fuente: Iñaki Ábalos, *La buena vida*

Un hombre  
y una mosca  
en el espacio  
Kobayashi Issa

El color de la montaña respira  
el único cáliz profundo  
de una flor de enredadera...  
Yosa Buson

En estos poemas hay una intención de contemplación relajada en la que se describen las cosas como aparentemente son, sin ninguna necesidad de intervenir en ellas con categorías sistemáticas. El ensayo de Tanizaki no sigue esta pauta de observación despreocupada, dado que en sus líneas se lee una partición estricta entre lo que el autor asume como lo oriental y lo occidental. En las líneas de dicho texto se pierde la pasividad del observador oriental y se reemplaza con un afán moderno de categorización. Esto último es evidencia de que la modernidad, como categoría histórica, no es exclusivamente occidental, sino que sus ideales e influencias permearon también en Oriente y en su particular forma de ver el mundo. Con estos criterios se demuestra que buscar elogiar la sombra, desde un punto de referencia fragmentario y moderno, aleja al autor de sus antepasados orientales.

Regresemos a la Casa con tres patios de Mies y hagamos una aproximación a su habitante: el superhombre nietzscheano. La descripción que hace Ábalos de dicho sujeto es escurridiza, ya que es un hombre moderno y al mismo tiempo, no. La Casa con tres patios está supuestamente dentro de una ciudad, pero se vive hacia adentro pues es íntima e introvertida. Esto causa que quien la habita —el superhombre— esté en una constante circunstancia de aislamiento, con el fin de vivir con una noción del tiempo

distinta de la de la ciudad, que es moderna. El habitante en cuestión vive en el presente constante, que difiere del progreso moderno y del tiempo recurrente natural. Vive en un “eterno retorno,”<sup>8</sup> en un permanente compromiso esencial con su presente, su instante inmediato, el ahora; asume que el futuro es aquel presente que nunca llega y el pasado, memoria distorsionada. En la Casa con tres patios se vive lúcidamente con intensidad cada momento que transcurre. El que aquí habita olvida el progreso inalcanzable y se aferra a vivir con plenitud, inmerso en la experiencia estética con cada cambio de las manecillas del reloj —tal vez por esto resulte un *superhombre*, pues para cualquier otra persona esto sería imposible. Esta concepción subversiva del tiempo es sin duda distinta de la moderna y, por esta razón, el morador que habita la casa de Mies es, en un sentido, antimoderno, y el vehículo mediante el cual establece esta relación con el tiempo es la arquitectura, su Casa con tres patios.

*El elogio de la sombra* es un texto escrito desde la modernidad, mientras que “La casa de Zaratustra” es una reflexión en torno a ella. Para exponer los orígenes de la experiencia estética dentro de la arquitectura explicada en ambos textos hace falta detallar otro aspecto característico de la modernidad: el sistema económico capitalista. La modernidad conforma el bioma social dentro del cual se desarrolla el capitalismo, al menos en la forma con la cual se analizará en este texto. Este modelo económico permea todos los ámbitos de la vida y opera tras el telón de la sociedad, tanto occidental como oriental, desde que empezó la edad moderna: en este caso, con los procesos mercantilistas del siglo XVIII (la Revolución industrial). Para fines

de este análisis, sería pertinente entender el capitalismo como un sistema de símbolos, más que un sistema de producción. La apariencia estética de las cosas nunca será tan importante como el lugar que ocupan dentro del espectro simbólico de este sistema; por ejemplo, el oro por sí solo no necesariamente tiene belleza, sino que se le atribuye como acuerdo colectivo por lo que representa.

El “ser superior” que habita la Casa con tres patios vive inmerso en un ámbito capitalista, no sólo por su entorno físico –por su ciudad–, sino también temporal –moderno, del siglo xx. Este habitante representa a un hombre soltero, cosmopolita, un burgués ciudadano, y su Casa con tres patios fue proyectada por un arquitecto que es referente mundial del Movimiento moderno. La casa parece no tener habitaciones que la dividan, aunque sí pocos muebles. Está casi libre de ornamentación, salvo por algunos cuadros y los mismos muebles, que tienen el tratamiento de esculturas funcionales, de ninguna manera es una casa rústica. Ésta es la casa para un soltero que ha renunciado a la familia. Los pisos parecen ser de travertino y su estructura reticular es de acero con enormes cristales. Todos se consideran materiales elegantes, particularmente en la época del proyecto de Mies. Definitivamente tendría el aspecto de un espacio contemplativo, más que de casa. Todas estas características, tanto de la casa como de su morador, son fuertes símbolos de estatus social. Símbolos que sólo tienen relevancia en la modernidad y su respectiva noción del tiempo progresista; la experiencia estética de esta casa subyace en lo que sus características simbolizan y sólo tiene sentido desde un punto de referencia moderno capitalista. Por esta razón, y a pesar de que su concepción temporal difiere de aquélla de la modernidad –como se comentó anteriormente–, el habitante de la casa en cuestión, por “superior” que sea, es un hombre esencialmente moderno. Su casa lo ha constatado.

Por otro lado, visto con estos mismos criterios, Tanizaki nos da a entender que la auténtica experiencia estética oriental surge de la austeridad que se asume al no forzar el progreso, pero es importante notar que esta idea sólo se pudo haber originado a partir de una concepción moderna. Por esta razón reitero que el texto de Tanizaki es en sí mismo moderno, al igual que el habitante de la Casa con tres patios.

Tras analizar los textos y teniendo presente estas características de la modernidad podemos observar que los conceptos de estética en ambos tal vez se correspondan, en lados opuestos del espectro simbólico –Oriente y Occidente conforman una unidad en la modernidad. Mientras que en la Casa con tres patios la estética está dada por sus espacios y objetos simbólicos de estatus social, la experiencia estética de la cual se habla en *El elogio de la sombra* se ubica del otro lado del espectro, en el cual los símbolos orientales representan habitar en armonía con la naturaleza y con el suave paso del tiempo. Un texto propone admirar la belleza en cosas cargadas de sentido, mientras que el otro crea la belleza al hacer que nazcan sombras en lugares que en sí mismos no tienen significado. Ambas lecturas describen experiencias respectivas dentro de la arquitectura, aunque su estética sea distinta; en el texto de Ábalos, la Casa con tres patios pretende ser un templo de plenitud existencial que gira en torno al hombre moderno, mientras que en *El elogio de la sombra* la experiencia estética surge de estar inmerso en la naturaleza y en sincronía total con el tiempo recurrente.

Disociar la arquitectura del tiempo es imposible; los edificios surgen de una época, un momento particular, y los materiales que los determinan pe-

recen paulatinamente: la madera se pudre y el acero se oxida. Pero el nexo más importante entre arquitectura y tiempo no son estas características, sino nuestra noción interna del acontecer. Si afrontamos el tiempo de forma moderna o no, es indistinto, pues la arquitectura que habitamos va a evidenciar nuestra noción de él. El tiempo también transcurre dentro de nosotros y lo vertimos sobre la casa que habitamos y las ciudades que nos resguardan. Tanto en Oriente como en Occidente, la experiencia estética altera la percepción del tiempo –lo comprime y lo suspende. Como escribió Octavio Paz, “tiempo y belleza son lo mismo”<sup>9</sup> y ambos comparten el instante dentro de la arquitectura.

#### Notas

1. Dado que en el presente ensayo se analiza el texto de Tanizaki, entiéndase que por “Oriente” se alude a la cultura japonesa.
2. Iñaki Ábalos, *La buena vida: Visita guiada a las casas de la modernidad* (Barcelona: Gustavo Gili, 2000).
3. Junichiro Tanizaki, *El elogio de la sombra* (Madrid: Siruela, 2015).
4. Concepto filosófico acuñado por Nietzsche en su libro *Así habló Zaratustra*. Consiste en aquel individuo que crea su propio sistema de valores y vive con sus propias pautas. Es superior al hombre en el sentido de que valora sus propias creencias, percepciones y pasiones por encima de cualquier acuerdo colectivo. No permite que la sociedad le imponga normas morales, ya que crea las propias.
5. “Quizá la pregunta decisiva para entender el arranque, la raíz de esta investigación, incluso para entender la razón de su prolongada vitalidad, deba hacerse no tanto sobre sus características [las de la casa] físicas y materiales como sobre su objetivo o destino de vivienda. ¿Para quién pueden ser estas viviendas? ¿A quién, a qué forma de vida están destinadas? ¿Qué valores implican en relación al espacio privado y en relación, también –aunque sólo fuese por la evidencia con que éste se niega–, al espacio público? ¿Quiénes son los sujetos? ¿Hacia qué abstracción del hombre se proyectan estas casas? ¿Qué referencias implican?”, Iñaki Ábalos, “La casa de Zaratustra,” en *La buena vida*, 23.
6. “Dios ha muerto” es una frase escrita por Nietzsche en su libro *La gaya ciencia*. Fue una proposición polémica para su momento y trascendente hasta el día de hoy. De una forma figurativa, plantea deshacerse de todos los absolutos impuestos por la sociedad. Algunos autores afirman que la obra de Nietzsche provocó un vacío que la modernidad y el progreso llenaron; ésta fue una de las razones por las cuales éstos avanzaron sin precedentes en el siglo xx.
7. Fragmento de “La búsqueda del presente”, discurso de Octavio Paz en la ceremonia de premiación del Premio Nobel, 1990. Disponible en: [http://www.nobelprize.org/nobel\\_prizes/literature/laureates/1990/paz-lecture-s.html](http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1990/paz-lecture-s.html). Consultado el 10 de noviembre de 2016.
8. Otro concepto de Nietzsche que se menciona en *Así habló Zaratustra* y en *La gaya ciencia*. Es una idea que supone que el mundo y todo su acontecer ya ocurrieron y volverán a pasar de manera infinita. Todo momento se repetirá de forma exacta. Esto es importante porque, en vez de evocar una noción del tiempo cíclica, propone vivir cada momento como si así se fuese a vivir durante el resto de la existencia, de esta forma exige un gran compromiso con el presente inmediato.
9. Verso del poema “El mismo tiempo,” en Octavio Paz, *Lo mejor de Octavio Paz: El fuego de cada día* (Barcelona: Seix Barral, 1989), 117.

**Pablo Emilio Aguilar Reyes**

Estudiante de la Licenciatura en Arquitectura

Facultad de Arquitectura

Universidad Nacional Autónoma de México

✉ pabloaguilar@outlook.com